

JAIME GUZMAN

La furia de la oposición

La oposición política se nota irritada. Con una amarga mezcla de agresividad y frustración, ha empezado a disparar a la bandada, tratando de acertar en alguno de sus blancos. Simultáneamente, intenta revivir problemas de derechos humanos ya superados, desconoce la evidencia del éxito económico, procura crear una agitación laboral y estudiantil tan artificial como epidérmica, objeta el mecanismo previsto para aprobar la nueva Constitución y, en fin, no pierde ocasión para dramatizar o distorsionar nuestra realidad internacional. El ataque ya no es selectivo, como había sido alternadamente hasta ahora, sino que se ha vuelto total.

¿Cuál es la raíz de este acceso de furia descontrolada?

A mi juicio, básicamente una: la transición. Lo que ha desesperado a los opositores es la persistencia del Gobierno en avanzar gradualmente hacia la nueva institucionalidad, sin ceder ni ante quienes desean precipitar el proceso, ni ante quienes favorecen actitudes inmovilistas.

Cualquiera de estas dos posturas —una vez más los extremos se topan— satisfaría a diversos sectores de oposición. La precipitación, porque les abriría próximas expectativas de reconquista del poder, y el inmovilismo, porque desembocaría fatalmente en un progresivo desgaste de las Fuerzas Armadas y de Orden o en una dictadura arbitraria de corta vida. Lo único que *todos* los opositores ven como su lápida, es la concreción paulatina de la nueva institucionalidad. Esa es, aunque lo nieguen, la causa profunda de su descontrolada beligerancia actual.

Ahora bien, al fundamentar las ventajas de la transición para el futuro de Chile, el Presidente Pinochet explicitó tres razones fundamentales: en primer término, la inconveniencia de un tránsito brusco del actual Gobierno a otro civil, por las rupturas e inestabilidades que ello generaría; en segundo lugar, la urgencia de forjar sanos y renovados hábitos cívicos, para lo cual las nuevas instituciones jurídico-políticas deben surgir bajo la inspiración de este Régimen y sin la efervescencia de las luchas por el poder político; y finalmente, el imperativo de que emerja una nueva generación de chilenos, empapados del



espíritu del 11 de septiembre, a fin de no circunscribir el espectro civil sólo a los mismos actores de la institucionalidad anterior.

Cabe agregar como cuarto fundamento, que se desprende del contexto del Mensaje Presidencial, la necesidad de un período suficiente para que el éxito económico se traduzca en un progreso claramente perceptible en cada hogar chileno, y para que se plasme el modelo social globalmente concebido a que aludió el Jefe del Estado, como una exigencia indisoluble de la institucionalidad política y económica que Chile está construyendo, en la perspectiva de una sociedad libre, próspera y justa. De ahí que la no verificación de elecciones políticas antes de 1985, no implica un plazo ni excesivo ni arbitrario, sino lógica y objetivamente abonado.

Es obvio que las razones antedichas nada valen para los que imbuidos del marxismo sólo reformulen una concepción social fundada en la lucha irreductible entre clases antagónicas, ni para aquellos que se mueven por simple ambición de poder y ven el año 1985 demasiado incierto o lejano en su calendario personal.

Lo lamentable es que haya quienes no perteneciendo a ninguna de esas dos categorías, cuestionen la legitimidad del actual régimen para emprender una transformación profunda en la sociedad chilena, pretendiendo negarle el tiempo necesario para ello.

¿Será menester insistirles que una nación que llega a una situación objetiva de guerra civil, en medio del mayor caos moral y material de su historia, denota que es *todo un régimen institucional* — y no un simple gobierno — el que hizo crisis definitiva? ¿Será necesario reiterarles la contradicción entre esta evidencia y la pretensión de limitarse a meras reformas superficiales, que sólo reeditarían el cuadro político-social que nos condujo al borde del abismo totalitario?

Resulta emocionante ver cómo quienes hasta hace poco execraban nuestro pasado bajo el lema de que "todo tenía que cambiar" o el anatema de la "democracia burguesa", hoy lo idolatran con nostalgia. Pero para ello se ven obligados a mixtificarlo, convirtiendo al sufragio universal en un fin en sí mismo, hasta el extremo de confundirlo con la vigencia de la libertad. ¡No ha faltado incluso un hombre inteligente que, en el paroxismo de esa confusión, acaba de señalar que Chile seguirá en una supuesta "interdicción" hasta 1985, por la falta de elecciones políticas!

¿Habrá que recordarles que en la República portaliana todos los Parlamentos fueron realmente designados por el Jefe del Estado? ¿O que la democracia chilena se desarrolló hasta 1958, es decir, por casi 150 años, con un sufragio popular manejado primero a través de las boletas que fundamentalmente controlaba el Gobierno, y más tarde por medio del cohecho? ¿O que después funcionó bajo el control monopólico de las pequeñas oligarquías directivas de los partidos, al menos respecto del Parlamento? ¿O que la Constitución de 1925 se aprobó en un plebiscito sin voto secreto, rechazado por la mayoría de los partidos, y en el cual participó menos del 50 por ciento del electorado inscrito?

Nada de esto desmerece nuestra tradición democrática ni la validez del sufragio universal para el futuro, pero sí desautoriza que el fetichismo mágico en torno a este último, proclamado con una pureza que en Chile jamás ha existido, procure apoyarse en nuestra historia.

Lo que estos sectores no comprenden es que una de las claves de nuestra crisis institucional reside en que mientras en las últimas décadas el cuerpo electoral aumentó sustancialmente, no progresó en medida suficiente el nivel cultural y económico-social de sus integrantes, *privándose así a la democracia de uno de los supuestos básicos de su estabilidad, que es el compromiso real de las grandes mayorías nacionales con el sistema político imperante.*

Construir de manera sólida este cimiento, cuya ausencia hace que la democracia exista actualmente en tan pocos países, constituye sin duda la ardua tarea de estos años, hacia una futura democracia estable y eficiente.

Por eso el actual régimen prosigue su rumbo con el respaldo del pueblo, sin que se altere por los respingos de ciertos carcamales políticos que creen recobrar actualidad vistiéndose con el ropaje de "hoy", al paso que sus propias palabras los denuncian como los mismos que fracasaron ayer... o anteayer.